

LA GUERRA MAYA DEL PERIODO CLÁSICO
DESDE LA PERSPECTIVA DE CARACOL, BELICE

2000

*Diane Z. Chase/Arlen F. Chase
University of Central Florida*

Introducción

Cada vez es más evidente que los mayas del periodo Clásico no eran un pueblo utópicamente pacífico y que, de hecho, su trayectoria cultural estaba directamente relacionada con la guerra. En el transcurso del tiempo, los cambios en la frecuencia, técnicas y objetivos de la guerra fueron paralelos y afectaron el desarrollo cultural maya.

Las investigaciones en el sitio arqueológico de Caracol, Belice, ofrecen ejemplos históricos específicos de agresión equiparables a los artefactos, patrones de asentamiento y representaciones en piedra, cerámica y estuco. El análisis de esta información revela la amplitud de los efectos de la guerra sobre la organización política de Caracol; también indica el aumento en la frecuencia de la actividad agresiva de Caracol sobre estados y gobernantes vecinos, a lo largo del tiempo. La información sobre Caracol, aunada a los patrones regionales de otras tierras bajas del sur (Miller, 1993; Schele y Mathews, 1991; Stuart, 1993), sugieren la importancia de los cambios en la guerra maya hacia el final del Clásico y el papel preponderante que desempeñó el conflicto bélico en la sociedad maya durante el Clásico tardío.

Se requieren ciertos antecedentes para analizar el efecto de la guerra tanto en los mayas de Caracol durante el Clásico como en la cultura maya en general. Primero, es necesario definir y ubicar a la guerra en una perspectiva cultural más amplia. Segundo, se requiere precisar la información etnohistórica y arqueológica vinculada a la agresión maya. Tercero, los datos arqueológicos sobre la guerra en Caracol deben compararse con literatura general y específica. Por último, es decisivo examinar la relación entre la sociedad maya, su caída y sus formas de guerra.

La guerra: definiciones y consideraciones básicas

Suele definirse a la guerra como una agresión armada entre grupos políticamente independientes (McCauley 1990, p. 1; Malinowski, 1941, p. 522; Naroll, 1964, p. 286; Otterbein, 1973, pp. 923 y 924; Schneider, 1950, p. 777). Esta unidad de guerra interpolítica es distinta de la agresión armada dentro de una comunidad política, de la lucha entre familias o clanes (Otterbein, 1973, pp. 923 y 924), y de la agresión armada entre grupos militares de una unidad política como la implícita en una guerra civil (Otterbein, 1970, p. 3). No todas las

guerras entre unidades políticas independientes son del mismo alcance. La distinción entre guerra interna y externa resulta significativa, pues se ha definido a la guerra interna como un "conflicto armado entre comunidades políticas dentro de la misma unidad cultural"; mientras que la guerra externa es "guerra entre comunidades políticas con diferencias culturales" (Otterbein, 1973, p. 924 donde cita su obra de 1968). Las guerras internas y externas pueden variar de manera sustantiva, pues si bien los pueblos con antecedentes culturales similares tienden a sostener guerras ligadas al gobierno, aquellos con distintos antecedentes quizá ignoren reglas culturales específicas durante la guerra (*id.*). Por ende, la guerra externa es, en potencia, extremadamente violenta.

Estrategias, técnicas, armas y campos de batalla influyen en el éxito o fracaso de los conflictos armados y, a veces, auguran el tipo de guerra que se llevará a cabo. Por ejemplo, la guerra más eficaz y compleja ocurre cuando están presentes armas de impacto (Otterbein, 1970, p. 44), pues están diseñadas para la lucha en espacios cerrados y para matar, más que capturar, al enemigo. Su mero uso implica ciertas estrategias y técnicas militares, así como el empleo de proyectiles implica otras.

Asimismo, la composición de cualquier sociedad se relaciona íntimamente con la guerra. Los estudios generales sobre la guerra han demostrado que la centralización política, la organización militar profesional, la complejidad militar y el cambio de territorio están funcionalmente interrelacionados (Oldfield Hayes, 1975, p. 355). Al mismo tiempo, empero, para alcanzar la victoria es importante que la sociedad en cuestión sea adaptable en lo que a técnicas, estrategias, campos de batalla y armas concierne; una organización o

sistema militar que se institucionaliza y no acepta cambios, a menudo provoca la caída drástica de su sociedad inflexible (Meiko, 1975, p. 555). Por consiguiente, son paralelas las trayectorias históricas tanto de la estructura de la guerra como de su respectiva sociedad.

Guerra y agresión: evidencias etnohistóricas en los mayas de tierras bajas

Una serie de fuentes proporciona evidencias de la guerra maya. Los manuscritos etnohistóricos aportan visiones acerca de la guerra, en el momento en que se estableció el contacto español en Centroamérica (Hassig, 1992; Marcus, 1992; Roys, 1972, p. 65; Webster, 1993), pero es necesario reconocer las limitaciones de dichos documentos, y realizar la doble tarea de analizarlos y cotejarlos entre sí y, de ser posible, con las evidencias arqueológicas.

Durante muchos años se ha sostenido que la era Posclásica maya (a grandes rasgos, del 900 al 1550 d.C.) fue militar, a diferencia de periodos anteriores (Chase y Rice, 1985). Numerosas líneas de investigación han apoyado el militarismo ulterior en la prehistoria maya; entre otras, destacan las descripciones etnohistóricas de guerras, particularmente, entre unidades territoriales. Además existe información arqueológica relevante como la registrada en ciudades amuralladas en la costa oriental de Yucatán (*i.g.* Tulum y Xcaret) y evidencias de excavaciones sobre la introducción y amplia difusión de puntas pequeñas para arco y flecha (cf. D. Chase, 1992, pp. 123 y 124), que también han sido consideradas

como indicadores del militarismo en ese último horizonte.

Al principio del contacto europeo, los estados o territorios independientes en el norte de Yucatán estaban reiteradamente en guerra. Es posible que la frecuencia hubiera aumentado ante el contacto mismo con los españoles (Ferguson y Farragher, 1988, p. IV). La información sobre estas guerras se encuentra en numerosas fuentes (Repetto Tio, 1985; Tozzer, 1941) y ha sido investigada a fondo por expertos como Ralph Roys, en el contexto de obras más amplias sobre los mayas (Roys, 1957, 1965, 1972, pp. 65-70; Chamberlain, 1948). Las guerras solían librarse entre territorios, a menudo, por razones económicas. Entre las diversas causas estaban las disputas por tierras, el acceso a las minas de sal en la costa (Andrews, 1983, pp. 3, 49 y 50), así como el deseo de obtener cautivos, sobre todo, para usarse o venderse como esclavos (Roys, 1972, p. 68), o para destinarse al sacrificio (*ibid.*, p. 65).

Alguna información se tiene acerca de la estructura y comportamiento de la guerra maya. Durante la era de conquistas, los mayas usaron un número de individuos especializados en la planeación y realización de la guerra (Roys, 1972, p. 67). El *nacom*, o jefe bélico, era asistido por guerreros especializados llamados *bolcans*, y los contingentes podían aumentar sus filas con hombres de la comunidad. La lucha durante la época histórica temprana solía realizarse entre octubre y enero, cuando había poco trabajo en los campos (*id.*). La mayoría de las guerras de la era clásica parece haber ocurrido entre noviembre y mayo (Marcus, 1992, p. 432), abarcando tanto la época de lluvias como la de secas, y quizá estaban correlacionadas con tiempos favorables relativos a la posición de Venus

(Schele y Miller, 1986, p. 214). Las defensas, generalmente construidas con materiales perecederos, se levantaban para emboscar al enemigo (Roys, 1972, p. 68). Las descripciones etnohistóricas de guerreros y armas corresponden, en gran medida, a las representaciones iconográficas prehispánicas (D. Chase y A. Chase, 1988, figura 33). A manera de protección, usaban escudos y yelmos de madera, acompañados de armaduras de algodón (Roys, 1972, p. 66). Las armas incluían el arco y la flecha, lanzaderas de dardos y de lanzas, espadas y dagas (*ibid.*, pp. 65 y 66). Estos instrumentos bélicos abarcaban un inventario de armas de proyectil y de impacto que apoyan el concepto de guerreros especializados. En la información arqueológica del Clásico o Posclásico, no existe evidencia determinante sobre la presencia de la espada —hecha, según descripciones, de piezas afiladas o de pedernal colocado en varas de madera dura— ni de la existencia de dagas de madera endurecida mediante el fuego. Ambas representarían armas de impacto especializadas y su uso en la guerra se opondría a los objetivos generales de los mayas de tomar cautivos en buenas condiciones para usarlos como esclavos o en sacrificios (aunque los aztecas usaron estas armas para apresar cautivos [Hassig, 1988, p. 130]).

El contraste establecido entre la definición militarista de los mayas del Posclásico y sus antepasados del periodo Clásico ha sido descartado casi por completo. Sin embargo, la naturaleza de las guerras del periodo Clásico y su grado de similitud con las realizadas por los mayas del Posclásico aún es tema de debate. La etnohistoria suele atribuirle a la guerra de las tierras bajas durante épocas posteriores el carácter de conflicto de unidad interpolítica entre uno o más territorios lingüística y culturalmente similares; es decir,

que la define como guerra interna. Si bien las guerras internas fueron relativamente frecuentes entre los territorios de los mayas históricos, quizá también lo fueron entre los del periodo Clásico. Hemos propuesto (A. Chase *et al.*, 1991; A. Chase y D. Chase, 1992; Miller, 1977) que los mayas del Clásico terminal también participaron en guerras externas, lo mismo con mayas de diferencias lingüísticas que con pueblos no mayas.

La guerra maya antes del contacto español: las evidencias

Además de la etnohistoria, los propios mayas de las tierras bajas del sur nos ofrecen su historia epigráfica sobre la guerra durante el periodo Clásico. Se ha relacionado los glifos con una serie de actividades agresivas vinculadas a la guerra: captura (*chucab*), decapitación o batalla ("suceso de hacha"/*ch'ak*), destrucción (*hub-ij*), confrontación ("notación escudo-pedernal"/*u tok' pakal*), y derrota ("concha-estrella"). Estos acontecimientos registrados no comparten magnitud ni variación y pueden encontrarse dentro de cada una de esas actividades agresivas. Algunos se realizan contra pueblos o lugares específicos, mientras que otros afectan a toda la gente y quizá a estados enteros; algunos son llevados a cabo por individuos específicos, otros se atribuyen a títulos generales. Sin embargo, al vincular información jeroglífica a los análisis iconográficos se hace evidente que el acontecimiento "concha-estrella" es la culminación de actos bélicos de la jerarquía maya (Miller, 1993, p. 402). La epigrafía realiza numerosas declaraciones

políticas acerca de la guerra que es necesario evaluar a la luz de otros datos (cf. Marcus, 1992; Webster, 1993, p. 440). A veces es posible recurrir a los patrones en la erección de monumentos para estudiar el efecto de la guerra en un lugar dado (Caracol y Tikal: A. Chase, 1991; y Caracol y Naranjo: Houston, 1991). Sin embargo, generalmente sólo las evidencias arqueológicas permiten la evaluación total de los efectos de las actividades agresivas registradas (Quirigua y Copán: Sharer, 1978, pp. 67 y 68 conjuntamente con Fash y Stuart, 1991 y Fash, 1991; Caracol y Tikal: A. Chase, 1991; A. Chase y D. Chase, 1987b, 1989, 1994; A. Chase, D. Chase y Jones, 1991; Haviland, 1994).

Indicios iconográficos no escritos de la guerra y la agresión mayas se encuentran esculpidos en piedra, pintados en murales, y modelados y pintados en cerámica. Los gobernantes se representan de pie sobre cautivos o jalándoles el pelo; los prisioneros aparecen atados (Dillon, 1982). Se debate si estos cautivos representan sólo a individuos específicos (cf. Stuart, 1993, p. 333) o a unidades políticas más amplias (cf. Marcus, 1992, p. 412). Asimismo existen representaciones de armas, congregaciones de guerreros y escenas de batallas. Cuando se combinan con otras evidencias, dicho material iconográfico ayuda a interpretar las relaciones en el transcurso del tiempo.

En ocasiones también se recuperan restos materiales de armas y de sistemas defensivos. Y, aunque escasas, existen fortificaciones permanentes (Puleston y Callendar, 1967; Rice y Rice, 1981; Webster, 1976). Si asumimos que pueden fecharse con precisión, las fortificaciones suelen implicar amenazas externas preexistentes. Las armas (puntas líticas y mazos de piedra) también abundan en los registros arqueológicos. Si partimos de las bases de que las armas usa-

das en la guerra se diferencian de aquellas destinadas a la caza, quizá sea posible sugerir la existencia de militares especializados (cf. Oterbein, 1970, p. 44).

Para evaluar declaraciones históricas de agresión (A. Chase y D. Chase, 1989), resultan útiles otros datos arqueológicos de un sitio, como los que permiten extrapolar cambios en el número de población y lugares, o determinar modificaciones en el nivel de prosperidad. Si bien el aumento en la población o los esfuerzos importantes de construcción no se reflejan directamente en la guerra y la agresión, cuando son fechados con precisión, pueden correlacionarse con acontecimientos bélicos y ayudan a revelar el alcance de la guerra y sus efectos sobre la población local.

Existen diferencias de opinión respecto a la naturaleza de la guerra maya del Clásico, específicamente en lo relacionado con sus participantes y efectos. Algunos proponen que la guerra maya fue una actividad dominada por la élite con pocas consecuencias sobre la vida diaria o sobre el control territorial (Freidel, 1986 [véase también 1992]; Schele y Mathews, 1991, pp. 245-248). Otros la consideran factor primordial en el florecimiento y la caída de la cultura maya del Clásico, y opinan que es un elemento nodal para establecer la dimensión de sus organizaciones políticas y muy congruente con prácticas conocidas en el mundo entero (Webster, 1977, 1993; Cogwill, 1979; A. Chase y D. Chase, 1989, 1992). Algunos han adoptado una postura intermedia (Demarest, 1978, 1993). A diferencia de los epigrafistas, quienes a menudo proponen que los mayas del Clásico estaban restringidos a pequeñas organizaciones políticas semejantes a ciudades-Estado, cada una definida por un glifo-emblema (cf. Mathews, 1991, p. 29).

Para una visión epigráfica distinta, véase el trabajo no publicado de Martin y Grube), los arqueólogos postulan que las organizaciones políticas mayas del Clásico eran entidades grandes (Adams, 1986; Culbert 1991a). Culbert (1991a, pp. 140 y ss.; 1991b, p. 325) señala problemas en la percepción de glifos-emblema y refuta, específicamente, la inferencia de que éstos representen a organizaciones políticas autónomas correlacionadas, justo, con unidades políticas.

A menudo se acepta que la naturaleza de la guerra maya cambió en el transcurso del tiempo. Las innovaciones en armas y en técnicas de guerra son evidentes a lo largo de la prehistoria maya (Hassig, 1992, p. 172). Las referencias epigráficas a la guerra maya aumentaron durante el Clásico tardío (cf. Schele y Miller, 1986, pp. 209 y ss.). Stuart (1993, p. 334) opina que el aumento en la exposición narrativa del Clásico tardío relacionada con la guerra representa un cambio profundo entre el Clásico temprano y el tardío. Y el glifo más frecuente y difundido de la guerra maya es el que se refiere al acontecimiento "concha-estrella", interpretado por la mayoría de los epigrafistas como la representación de la derrota de un sitio ante otro (cf. Schele y Mathews, 1991, p. 246). El acontecimiento concha-estrella más temprano que se conoce se refiere a la victoria de Caracol sobre Tikal en 562 d.C. (Houston, 1991) y es el sitio de Caracol el que ahora acapara nuestra atención.

Caracol

Alguna vez considerado un sitio pequeño, de escasa importancia en la periferia del mundo maya, Caracol ahora es reconocido como una de las potencias regionales de las tierras bajas

del sur. De hecho, dominó políticamente a gran parte de las tierras bajas durante el Clásico tardío.

Nuestro actual proyecto arqueológico a gran escala en Caracol comenzó en 1983 y su primera temporada completa en campo fue en 1985.¹ Antes de iniciar el proyecto, Caracol había sido investigado por gente de la Universidad de Pennsylvania. Dicho proyecto registró los monumentos del sitio y realizó tres temporadas de campo a principios de la década de 1950. Además elaboró un mapa del epicentro del sitio que muestra 78 estructuras (Beetz y Satterthwaite, 1981). Los trabajos subsiguientes no revisaron el mapa epicéntrico (Healy *et al.*, 1983), por ende, Caracol ingresó en la literatura general como un sitio de poca importancia, secundario y bajo el dominio de un centro supuestamente mayor. Esta incorrecta definición se refleja en algunos esquemas más recientes de la jerarquía maya (Adams, 1991, p. 196; Adams y Jones, 1981).

¹ Uno de los objetivos específicos del Proyecto Arqueológico de Caracol de la University of Central Florida ha sido la investigación arqueológica de la guerra maya en Caracol. Financiada por donadores particulares, la investigación inicial aportó el importante descubrimiento del Altar 21, a principios de 1986, e importantes excavaciones epicéntricas. Becas de la Harry Frank Guggenheim Foundation en 1988 y 1989 permitieron la investigación de asentamientos distantes, cuyo objetivo fue dilucidar los efectos de la guerra del Clásico tardío sobre la población de Caracol. Las investigaciones realizadas entre 1989 y 1994, bajo los auspicios de gobierno de Belice y de la U. S. Agency for International Development, aportaron información más epicéntrica concerniente al abandono final de Caracol. Con el apoyo de la U. S. National Science Foundation (SBR-9311773), en 1994 y 1995 se llevaron a cabo nuevas investigaciones para analizar los efectos de la guerra en el asentamiento de Caracol. El presente trabajo sintetiza gran parte de esta información y se basa en material presentado en el 47 Congreso Internacional de Americanistas y en la propuesta fructífera a dicha fundación.

En la actualidad, Caracol se interpreta como una gigantesca metrópolis maya. Se conocen más de 70 kilómetros de calzadas intersitio que irradian de su epicentro e incorporan a una zona a 10 kilómetros de distancia del corazón urbano de Caracol. Dos calzadas intersitio se orientan hacia el sudeste de Caracol y, al parecer, se extienden a lo largo de 18 y 24 kilómetros; otra calzada intersitio se encuentra al noroeste y posiblemente conecta a Caracol con Naranjo, a 42 kilómetros de distancia.² Se calcula que el sitio abarca 177 kilómetros cuadrados: contiene más de 36 000 estructuras y tuvo una población de, al menos, 115 000 habitantes (A. Chase y D. Chase, 1994a, p. 5), aunque muy posiblemente albergó a 150 000 personas. El levantamiento del área central muestra, en promedio, más de 300 estructuras por kilómetro cuadrado (D. Chase, A. Chase y Haviland, 1990). Un kilómetro cuadrado de asentamiento cuidadosamente registrado en el mapa, tanto en terrazas como en asentamiento, ubicado a cinco kilómetros del epicentro, sin calzadas ni *terminus* cercanas arroja una densidad de población corregida del Clásico tardío de 972 personas por kilómetro cuadrado (basada en 243 estructuras). No se observó descenso poblacional en los dos levantamientos de cortes transversales del asentamiento, realizados durante 1994 y 1995, y que se extienden siete kilómetros al norte y al sur del centro de Caracol. Además de que Caracol cuenta con un territorio (177 kilómetros cuadrados) mayor que Tikal (120), su densidad de población es 35 por

² Jim Rose, de Dallas, Texas, identificó estas largas calzadas desde satélites. El Proyecto Arqueológico Caracol se ha dedicado a ofrecer verificaciones terrestres de dichas imágenes.

ciento mayor (115 000 personas comparadas con 62 000 de Tikal).

Dada la inmensidad de este asentamiento, nuestra investigación obligadamente se ha centrado en averiguar cómo y por qué el sitio creció tanto durante el Clásico tardío. Una posible respuesta se encontró en la guerra registrada en los jeroglíficos de Caracol. Antes del trabajo actual en la zona, la interpretación de sus textos había sugerido que Caracol llevó a cabo guerras triunfales contra Naranjo entre 626 y 631 d.C. (Sosa y Reents, 1980; Stone *et al.*, 1985, pp. 273 y 274). Descubrimientos epigráficos y arqueológicos recientes han arrojado más luz sobre dichos sucesos. Este nexos bélico de Naranjo-Caracol se confirma con una serie de fechas compartidas por ambos sitios, con la mención del gobernante de Caracol en contextos iconográficamente dominantes de Naranjo y con la aparición del "Título de Reinado de Naranjo" tanto en Caracol como en Naranjo (Grube, 1994, p. 89).

Caracol ha demostrado ser un excelente lugar para probar las relaciones entre los jeroglíficos de guerra y asentamiento. Se conocen otros hechos bélicos antes y después de las guerras de Naranjo, gracias a textos jeroglíficos. Un monumento encontrado en Caracol en 1986 muestra el acontecimiento concha-estrella más temprano conocido hasta el momento (Houston, 1991, p. 40). Fechado en 562 d.C., marca la derrota de Tikal, presumiblemente, en manos de Caracol. Se registran acontecimientos 3 *bub-i* y 1 concha-estrella entre Caracol y Naranjo, entre 626 y 631 d.C.; otro suceso concha-estrella se registra en Naranjo en 636 d.C. Un acontecimiento concha-estrella ocurrió en 680 d.C., en un lugar muy importante de Caracol (*ox-witz-ba*) asociado al Título de Reinado de Naranjo (supues-

tamente representa la guerra de Naranjo por su independencia de Caracol); una *bul-iy*, o "llegada", al parecer de un gobernante de Caracol, ocurrió en el mismo lugar, un año después del acontecimiento concha-estrella. En el 702 d.C., un señor cautivo de Ixkun aparece en una estela de Caracol. En el 800 d.C., señores cautivos de Ucanal y de otro sitio son representados en el *Hok Kauil* de Caracol, que se atribuye haber tomado a ocho cautivos en la Estela 11. Un acontecimiento hacha del Clásico terminal se registra en el Altar 12. Otros cautivos y hechos relacionados con la guerra están presentes en el cuerpo jeroglífico e iconográfico de Caracol.

Investigación de la guerra en Caracol

En general, los hechos bélicos de Caracol se agrupan en dos horizontes: entre 550 y 700 d.C. y, de nuevo, después de 800 d.C. Estos periodos de guerra se correlacionan con dos etapas problemáticas en la prehistoria maya: el *hiatus* y el colapso maya en el Clásico. Debido al riguroso control de fechas que permite Caracol (A. Chase, 1994, pp. 160-163), estos periodos de agresión registrados epigráficamente pueden compararse con los datos arqueológicos para determinar si los hechos se vinculan a cambios de otros aspectos de la sociedad (cf. Otterbein, 1973, p. 940; Webster, 1977, p. 357), como aumento en la cohesión, prosperidad, construcción (obras públicas, estructuras domésticas, edificios de funciones especiales) y las cifras de población.

Con el fin de analizar los efectos de la guerra de principios del Clásico tardío sobre la población, en 1988 y 1989 realizamos prue-

bas en 30 por ciento de los grupos de montículos residenciales localizados en la sección sudeste de Caracol, entre las calzadas de Conchita y Pájaro-Ramonal. Estas pruebas se diseñaron para proporcionar control temporal del desarrollo general de la zona. Descubrimos que casi todas las construcciones residenciales en el lugar fueron realizadas después de los hechos bélicos de Tikal y Naranjo, y que la población aumentó 325 por ciento en esa parte del sitio, durante el mencionado periodo (A. Chase y D. Chase, 1989).

Este aumento en la población también se asoció a una serie de obras públicas. Las calzadas que circunscriben al área de investigación se construyeron durante esa época, al igual que la enorme plaza *terminus* que funcionó como centro administrativo. Por ende, las propias calzadas y la *terminus* quizá fueron importantes mecanismos de integración del sitio y preservación de fronteras (Kurjack y Andrews, 1976, p. 323), siguiendo modelos que mostraron mayor cohesión social después de una guerra triunfal. Tal vez las calzadas también indican "planeación y ejecución centralizada" (Hassig, 1991, p. 26). En esta área, las construcciones de la misma época incluyeron campos agrícolas terraceados y grupos de plazuelas a distancias regulares.

Por lo tanto, pudimos observar un auge constructivo y un incremento en la población en el corazón de Caracol, después de los hechos bélicos registrados epigráficamente, sobre todo, tras las guerras de Naranjo a principios del siglo VII. Ya antes se habían descubierto (A. Chase y D. Chase, 1987a, 1987b) importantes actividades constructivas en el epicentro del sitio, durante la misma época. Toda esta información coincidió con los datos antropológicos sobre los efectos de guerras triunfales (Otterbein, 1973, p. 934).

Sin embargo, es interesante destacar que en los registros arqueológicos, a los patrones en el aumento de la población y el auge constructivo, se sumaron otros patrones. Estos últimos sugieren que el orden social de Caracol también experimentó transformaciones en esa época. Así, por ejemplo, la mayoría de los grupos de montículos residenciales distantes mostró una o más tumbas formales, a menudo en los edificios del este. En estos grupos de montículos se descubrió un subcomplejo oculto que presentó el uso abundante de vasijas-efigies con tapaderas y, a veces, excéntricos de obsidiana. Los incensarios cilíndricos con efigies en forma de reloj de arena también se relacionaron con muchos de estos grupos. La frecuencia de estos casos aumentó con el tiempo. Por ende, pudimos demostrar que la mayoría de la población principal de Caracol participaba en espacios rituales que se pensaban reservados al sector superior de la sociedad maya (A. Chase y D. Chase, 1994b). De nuevo, esta transformación puede ser representativa de la cohesión social y prosperidad que suele acompañar a guerras triunfales (Otterbein, 1973, pp. 934, 940 y 941).

Los habitantes de algunos grupos de montículos residenciales distantes de Caracol incluso levantaron sus propios monumentos de piedra. Un montículo residencial cinco kilómetros al noroeste del epicentro muestra un altar Ahau gigante. La fecha registrada indica que fue dedicado en Katun 7 Ahau de la derrota de Tikal. Ya para el Clásico terminal, al menos dos grupos de montículos residenciales usaron textos jeroglíficos y figuras monumentales talladas que *no* se refieren al gobernante que en ese momento estaba en el poder. De hecho, en uno de esos monumentos, un personaje que no es gobernante usó un emblema de Caracol completo. Así, una

vez más se muestra la difusión del conocimiento ritual en la sociedad de Caracol.

Todos estos datos contribuyen a sugerir la forma en que la guerra pudo ser catalizador tanto para la cambiante sociedad de Caracol a lo largo del Clásico tardío como para convertir a Caracol en uno de los estados dominantes de la era del Clásico tardío. Cabe subrayar que, pese a recientes interpretaciones de que los triunfos bélicos de Caracol se debieron al descuido de Calakmul, no hemos encontrado evidencias arqueológicas de que Caracol hubiese sido dominado por otro estado ni de su inclusión en otra organización política. Si bien las alianzas políticas siempre representaron una posibilidad, no hay bases arqueológicas que apoyen la influencia de Calakmul sobre Caracol.⁴ Tan sólo por el factor geográfico de distancia, son muy remotas las posibilidades de que Calakmul y Caracol pudieran haberse incluido dentro de una misma hegemonía.

Durante su hegemonía sobre Naranjo, Caracol controló una superficie de al menos 5 544 kilómetros cuadrados. De hecho, quizá estos datos arrojen luz sobre la dimensión óptima de las organizaciones políticas mayas del Clásico. De la información epigráfica se desprende que Caracol incorporó a Naranjo a su territorio. Esta incorporación directa no se evidencia en la "derrota" de Tikal a manos de Caracol. A partir de esos datos, podría concluirse que la organización política de Caracol con-

trolaba directamente a centros a 42 kilómetros de distancia, pero no a 76 kilómetros. Esto concuerda con los cálculos de Hassig (1992, p. 85) sobre las áreas de dominio territorial de ejércitos aztecas, basados en la distancia de la marcha en la guerra (36 millas o 60 kilómetros en un periodo de cuatro días para incluir un radio del orden de 11 314 kilómetros cuadrados). Houston (1993, p. 137) concluye que había una "distancia congruente entre centros autónomos" (como se representa en glifos-emblema: "66.43 kilómetros en 9.3.0.0.0..., 59.72 kilómetros en 9.8.0.0.0...; 57.5 kilómetros en 9.13.0.0.0...; y 52.18 kilómetros en 9.18.0.0.0") en las tierras bajas mayas del Clásico. Así, el panorama político concuerda de manera sorprendente con la cifra militar de 60 kilómetros de dominio territorial que apunta Hassig. De manera similar, Adams (1991, p. 174) ha propuesto que Tikal controló directamente a Río Azul, aproximadamente 45 kilómetros al noreste. Estas cifras de nuevo coinciden con el cálculo de Hassig. Con base en la posición intermedia de Tikal y Caracol, el dominio de este último sobre Naranjo pudo ser un intento por ejercer la autoridad militar directa de su hegemonía sobre Tikal. Por la ausencia de historia monumental de Tikal entre el 562 y 692 d.C., quizá Caracol logró su intento. De ser así, esto indicaría que Caracol pretendía construir un imperio sobre una organización política que bien pudo alcanzar al menos 18 153 kilómetros cuadrados en su mayor auge (A. Chase y D. Chase, en preparación).

En nuestras más recientes investigaciones en Caracol, realizadas durante 1995 y 1996, intentamos analizar el efecto de la guerra de Caracol sobre poblaciones distantes tanto en la época temprana como en la terminal del periodo Clásico. El sector noreste de Cara-

⁴ Estas relaciones fueron sugeridas por Simon Martin y Nikolai Grube quienes proponen que Calakmul y Tikal fueron superpotencias rivales. Si bien es gratificante que los epigrafistas hayan roto con la mentalidad de "un emblema equivale a una unidad política", este modelo jerárquico de la organización política maya es difícil de probar por varias razones, entre otras, la lectura problemática de *u kab*, o *u kab'i* como "bajo los auspicios de" (Schele, 1982, p. 104).

col. delimitado por las calzadas Puchituk y Cahal Pichik, fue seleccionado para la investigación debido a los indicios de una ocupación prolongada a lo largo de la historia de Caracol. Tanto Cohune—en el extremo transversal norte— como Cahal Pichik—al final de una larga calzada de 7.6 kilómetros— parecen haber sido centros menores que fueron devorados por la expansión urbana de Caracol. Maternal de saqueo en ambos sitios datan de la era Preclásica. Además, se conocen dos documentos del Clásico terminal acerca del *terminus* de Hatzcap Ceel al sudeste de Cahal Pichik (Thompson, 1931, pp. 261-267). También, en este sector se localiza otro altar del Clásico terminal donde aparecen prisioneros (A. Chase *et al.*, 1991, pp. 11 y 12). Por ende, aun antes de realizar el mapa y de excavar, la información arqueológica ya apuntaba tanto a ocupaciones tempranas como tardías que no se evidenciaban con claridad en el trabajo de asentamiento realizado en la parte sudeste de Caracol.

Los resultados de la investigación de asentamiento realizada en 1994 y 1995 apoyan, en gran medida, los descubrimientos de estudios de asentamiento realizados en el sudeste del sitio. Después de los conflictos de Tikal y Naranjo, la población en la zona noreste de Caracol aumentó de manera significativa. Y, al igual que en el sector sudeste, en esta parte del sitio se estableció un nuevo *terminus* de calzada: el Puchituk *terminus*. Asimismo se encontraron prácticas similares de ocultamiento y enterramiento. Como se esperaba, los datos de excavación mostraron ocupación más temprana de esta área (se remonta a 600-900 a.C.) y un uso mayor durante el Preclásico. La última etapa del Clásico también fue testigo del incremento en el uso de esta región. Es posible interpretar la información arqueológica y

sugerir que gran parte de la población en esta zona agrícola continuó ocupándola tiempo después de la caída del epicentro de Caracol.

Caracol y el colapso maya del Clásico

La caída ocurrió en Caracol. Sin embargo, fue un suceso muy tardío y es evidente que la guerra desempeñó un papel central en distintos niveles. Primero, los monumentos tardíos muestran una elevada frecuencia de prisioneros. Segundo, se representan escenas de cautivos y guerreros con *atlatts* en la cerámica modelada de esta era en Caracol. Tercero, existe un elevado número de puntas alargadas de piedra en el registro arqueológico de esa época. Cuarto, contamos con evidencias del rápido abandono de muchas estructuras y habitaciones en Caracol con restos dejados *in situ* en los pisos, entre los que está el cuerpo de un niño de cinco años. Quinto, muchos de esos pisos en el epicentro están cubiertos con una capa de carbón. Las fechas de radiocarbono de materiales provenientes de una variedad de edificios se ubican entre 890 y 895 d.C., lo cual quizá indica una sola conflagración epicéntrica final.

El colapso de Caracol fue complejo. Tras una era de gran prosperidad de la cual existe poco material epigráfico (702 a 798 d.C.), el sitio entró, virtualmente, en la era clásica terminal bajo Hok Kauil, quien fue objeto de una enorme campaña iconográfica para preservar en piedra su condición de guerrero. El Altar 23 de Caracol, fechado en 800 d.C., al parecer registra dos de los ocho cautivos atribuidos a Hok: uno de Ucanal y otro de un sitio desconocido. Un gobernante posterior de Caracol registró la decapitación de otro importante se-

ñor, diez o veinte años después del Altar 12. El registro monumental más tardío de Caracol también revela nexos yucatecos, tanto en vestimenta como en lenguaje (A. Chase, 1985; A. Chase *et al.*, 1991; Grube, 1994, p. 97).

Conforme a los estudios arqueológicos, hubo gran actividad epicéntrica durante el Clásico terminal en Caracol y una efervescencia constructora —lo cual sugiere considerable mano de obra de cautivos— en y alrededor de la plaza B. La fachada principal de Caana se remozó por completo, tarea de gran envergadura. Incluso después, grandes estructuras bajas rodearon la periferia de la plaza B, dejando abiertas sólo las rutas centrales de acceso a Caana y a la pirámide opuesta, la Estructura B5. Nuevas formas de cerámica aparecieron en los “palacios” epicéntricos, que se vinculan a una intensa actividad doméstica. Asimismo, seguramente durante el mayor auge de Caana, se almacenaron importantes productos en una de las plazas posteriores más privadas, donde el acceso era difícil. Restos de esos enormes recipientes de cerámica se encuentran en los pisos de habitaciones.

El grupo A muestra algunas de las ocupaciones más tardías encontradas en Caracol y quizá durante el Clásico terminal cambió la función del área de la plaza, sitio de la mayoría de los monumentos del Clásico en Caracol. Si bien los edificios en este grupo son, en su mayoría, templos y pirámides —arquitectura especializada que difícilmente se adapta a fines domésticos—, el área muestra tanto aspectos rituales como domésticos de los últimos años de Caracol. Residuos y una gruesa capa de tierra ennegrecida por el carbón cubrían el piso de argamasa más reciente del que quizá sea el templo de mayor importancia en el grupo A —el Templo del Dintel de Madera—; entre los residuos se en-

contraron muchas vasijas reconstruibles —cerámica del Clásico terminal, vasijas utilitarias del Posclásico e incensarios—, jadeíta, concha entada, numerosas puntas líticas (una de obsidiana) y una cantidad considerable de huesos pequeños de animales. En una habitación lateral, un enterramiento flexionado descansaba en el fondo de una capa de carbón. Las fechas proporcionadas por los estudios de radiocarbono sugieren que estos materiales datan de principios del siglo XI. Al otro lado, en la cima de la Estructura A2, de 25 metros de altura, también había un enterramiento tardío y otras evidencias de actividad ritual que pueden datar del final del Caracol. Por ende, el último uso epicéntrico de Caracol se encuentra en el grupo A. Este uso también parece postular los materiales *in situ* encontrados en otras partes de pisos epicéntricos y quizá indiquen que el uso ritual del grupo A continuó en el Posclásico.

A diferencia de lo que se sostiene sobre Tikal (Julbert, 1973, 1974), es importante destacar que la gente que usó el epicentro de Caracol en el Clásico terminal no parece haber sido población inmigrante. No apilaba basura en las habitaciones ni vivía sobre edificios en ruinas. Por el contrario, estos habitantes estaban entregados a una intensa actividad constructora de edificios públicos y a un programa de construcción; podían obtener gran variedad de objetos extranjeros y mantenían las tradiciones rituales que sirvieron de puente entre la etapa clásica y la posclásica. Al parecer, la basura encontrada en los pisos de Caracol se debe al abandono repentino o a una recolección y desecho de basura incompleto durante un periodo muy breve. Por ende, la continuidad respecto a poblaciones anteriores es evidente en Caracol, aun en la era posclásica. Sin embargo, justo en ese momen-

to, el epicentro del sitio fue abandonado. El carácter repentino del abandono epicéntrico en conjunción con la quema extensa que se encuentra en los pisos de muchos edificios sugiere que el colapso de Caracol se debió a guerras destructivas. No obstante, otros factores complican la situación: las evidencias de que continuaron tanto el uso ritual del grupo A, como la ocupación doméstica de sectores distantes de Caracol mucho después del abandono del área de los palacios centrales de piedra. Al parecer, los ricos campos agrícolas de Caracol se usaron durante varias generaciones después del abandono y de la supuesta destrucción de algunos complejos arquitectónicos centrales del sitio. Las actividades rituales tardías que se documentan en y alrededor del grupo A tal vez estén correlacionadas con dichas poblaciones remanentes no epicéntricas.

Conclusión

A lo largo de la mayor parte de su historia, Caracol fue el agresor. Con base en la información arqueológica, epigráfica e iconográfica, sabemos que tuvo antecedentes muy militares. Más aún, para haber sobrevivido y crecido como lo hizo, el sitio debió haber permanecido siempre al borde de la guerra. El hecho de que al menos una de las guerras de la etapa clásica corresponda al ciclo agrícola quizá sugiera la presencia de cierta especialización de guerreros y agricultores. Hemos propuesto en otro trabajo que Caracol acaso no estuvo restringido por guerras ligadas al reino en las tierras bajas del sur, dada su filiación étnica yucateca (A. Chase *et al.*, 1991). Tal vez esto explique, en parte, sus triunfos bélicos tanto tempranos como tardíos. Si bien las fortificaciones suelen ser resultado de, al

menos, un fracaso en la guerra, no se evidencia derrota alguna en Caracol. En cambio, de los textos epigráficos y de la información arqueológica relativa a propiedad, cohesión y actividades de construcción se infiere que las guerras de Caracol no eran mera propaganda política y que el sitio obtuvo muchos beneficios de su actividad bélica.

Los datos de Caracol también sugieren que no toda la guerra maya equivalía a agresión. Ciertas guerras de Caracol parecen haber sido más importantes que otras, tanto en la historia del sitio como en la regional. La derrota de Tikal, si bien pudo haber tenido efectos importantes en Tikal —al menos en términos de sus monumentos y de la riqueza de sus tumbas—, no cambió de inmediato la vida en Caracol, debió, presumiblemente, a la dificultad para mantener un control directo a la distancia. En cambio, la derrota del cercano Naranjo fue seguida de cambios rápidos y dramáticos en Caracol: auge en la construcción, aumento en la población seguida de prosperidad. Se cree que parte de este crecimiento fue posible debido al aumento en la mano de obra de la región derrotada, al que sin duda ayudó la supuesta incorporación territorial de Naranjo a Caracol.

En la fase clásica terminal, Caracol dirigió sus agresiones hacia estados vecinos más cercanos. Los monumentos de esa época conmemoran no sólo la toma de cautivos hecha por el gobernante sino también a otros miembros de la familia real. A diferencia de la situación en Dos Pilas que, al parecer, estuvo sitiada durante un largo periodo antes de su abandono en el 761 d.C. (Demarest, 1993) y donde se destruyeron edificios para construir fortificaciones, los ocupantes de Caracol continuaron su próspera forma de vida hasta el abandono del epicentro ocu-

rrido hacia 895 d.C. Estos datos refuerzan la idea de que el colapso maya no fue un solo hecho uniforme.

Las evidencias de Caracol sugieren que las guerras mayas triunfales ejercieron poderosos efectos sobre la sociedad entera. Quizá la sociedad de Caracol funcionó como una unidad altamente integrada con una variedad de administradores importantes además del gobernante. Durante el periodo Clásico, un sector cada vez mayor de la población tuvo más acceso a los bienes de la élite. Factor importante es que la arqueología de asentamiento en Caracol no revela una clara dicotomía entre el pueblo y la élite, sino matices y continuidades que sugieren una sociedad con un sector medio numeroso y próspero (A. Chase, 1992). Las evidencias también indican que, durante el Clásico tardío, toda la sociedad de Caracol se benefició con el botín de sus triun-

fos bélicos. Por ende, el colapso, en este caso, no puede atribuirse a diferencias sociales; además, la distribución de objetos rituales y elitistas de la era clásica en Caracol ya insinúan patrones que habrían de sentar las bases de la cultura maya del Posclásico.

Todas las evidencias apuntan hacia guerras cada vez más destructivas conforme avanzó el periodo Clásico. Al igual que nosotros, otros expertos han sugerido que los niveles crecientes de destrucción fueron, hasta cierto punto, resultado de la adaptación maya de técnicas de guerra externa que abarcaron mayor conocimiento militar, nuevas armas y patrones de sacrificios humanos a gran escala, en campos de batalla internos. Si bien Caracol quizá fue más adaptable y, por consiguiente, le gró sobrevivir más que muchos de sus vecinos mayas, también fue abandonada, acaso víctima de la forma de vida que contribuyó a crear.

Bibliografía

- Adams, R. E. W., "Rio Azul", en *National Geographic* 169, 1986, pp. 420-451.
- . *Prehistoric Mesoamerica*, ed. rev., Norman, University of Oklahoma Press, 1991.
- Adams, R. E. W. y R. D. Jones, "Spatial Patterns and Regional Growth among Maya Cities", en *American Antiquity* 46, 1981, pp. 301-322.
- Andrews, A. P., *Maya Salt Production and Trade*, Tucson, University of Arizona Press.
- Beetz, C. y L. Satterthwaite, *The Monuments and Inscriptions of Caracol, Belize*, Filadelfia, University Museum Monograph 45, The University Museum, 1981.
- Chamberlain, R. S., *The Conquest and Colonization of Yucatan: 1517-1550*, Washington, Carnegie Institution of Washington, publicación 582, 1948.
- Chase, A. E., "Troubled Times: The Archaeology and Iconography of the Terminal Classic Southern Lowland Maya", en M. G. Robertson y V. G. Fields (eds.), *Fifth Palenque Round Table, 1983*, vol. 7, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, 1985, pp. 103-114.
- , "Cycles of Time: Caracol in the Maya Realm", en M. G. Robertson y V. G. Fields (eds.), *Sixth Palenque Round Table, 1986*, University of Oklahoma Press, 1991, pp. 32-42.
- , "Elites and the Changing Organization of Classic Maya Society", en D. Z. Chase y A. E. Chase (eds.), *Mesoamerican Elites: An Archaeological Assessment*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992, pp. 30-49.
- , "A Contextual Approach to the Ceramics of Caracol, Belize", en D. Z. Chase y A. E. Chase (comps.), *Studies in the Archaeology of Caracol, Belize*, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, monografía 7, 1994, pp. 157-182.
- Chase, A. E. y D. Z. Chase, *Glimmers of a Forgotten Realm: Maya Archaeology at Caracol, Belize*, Orlando, University of Central Florida, 1987.
- , *Investigations at the Classic Maya City of Caracol, Belize: 1985-1987*, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, monografía 3, 1987b.
- , "The Investigation of Classic Period Warfare at Caracol, Belize", en *Mayab* 5, 1989, pp. 5-18.
- , "El Norte y el Sur: política, dominios y evolución cultural maya", en *Mayab* 9, 1992.
- , "Details in the Archaeology of Caracol, Belize: An Introduction", en D. Z. Chase y A. E. Chase (eds.), *Studies in the Archaeology of Caracol, Belize*, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, monografía 7, 1994, pp. 1-11.
- , "Maya Veneration of the Dead at Caracol, Belize", en M. Robertson y V. G. Fields (eds.), *Seventh Palenque Round Table, 1989*, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, 1994b, pp. 55-62.
- , "Forging a New Identity: The Construction of a Classic Maya Polity at Caracol, Belize", en *Archaeology*, en prensa.
- Chase, A. E., N. Grube y D. Z. Chase, "Three Terminal Classic Monuments from Caracol, Belize", en *Research Reports on Ancient Maya Writing* 36, Washington, Center for Maya Research, 1991.
- Chase, A. E., N. Grube, y D. Z. Chase y P. M. Rice (eds.), *The Lowland Maya Postclassic*, Austin, University of Texas Press.
- Chase, Diane Z., "Postclassic Maya Elites: Ethnohistory and Archaeology", en D. Z. Chase y A. E. Chase (eds.), *Mesoamerican Elites: An Archaeological Assessment*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992, pp. 118-134.
- Chase, Diane Z. y A. E. Chase, *A Postclassic Perspective: Excavations at the Maya Site of Santa Rita Corozal, Belize*, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, monografía 4, 1988.
- (eds.), *Studies in the Archaeology of Caracol, Belize*, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, monografía 7, 1994.

- Chase, Diane Z., A. F. Chase, y W. A. Haviland, "The Classic Maya City: Reconsidering 'The Mesoamerican Urban Tradition'", en *American Anthropologist* 92, vol. 2, 1990, pp. 499-506.
- Cowgill, G., "Teotihuacan, Internal Militaristic Competition, and the Fall of the Classic Maya", en N. Hammond y G. Willey (eds.), en *Maya Archaeology and Ethnohistory*, Austin, University of Texas, 1979, pp. 51-62.
- Culbert, T. P. (ed.), "The Maya Downfall at Tikal", *The Classic Maya Collapse*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973.
- _____, *The Lost Civilization: The Story of the Classic Maya*, Nueva York, Harper and Row, 1974.
- _____, (ed.), "Politics in the Northeast Peten, Guatemala", *Classic Maya Political History*, Cambridge University Press, 1991a, pp. 128-146.
- _____, (ed.), "Maya Political History and Elite Interaction: A Summary View", *Classic Maya Political History*, Cambridge University Press, 1991b, pp. 311-346.
- Demarest, A. A., "Interregional Conflict and 'Situation Ethics' in Classic Maya Warfare", en M. Giardino, B. Edmonson y W. Creamer (eds.), *Codex Wauchope: A Tribute Roll*, Nueva Orleans, Human Mosaic, Tulane University, 1978, pp. 101-111.
- _____, "The Violent Saga of a Maya Kingdom", en *National Geographic* 183, vol. 2, 1993, pp. 94-111.
- Dillon, B. D., "Bound Prisoners in Maya Art", en *Journal of New World Archaeology* 5, vol. 11, 1982, pp. 24-45.
- Fash, W., *Scribes, Warriors, and Kings: The City of Copan and the Ancient Maya*, Londres, Thames and Hudson Ltd., 1991.
- Fash, W. y D. Stuart, "Dynastic History and Cultural Evolution at Copan, Honduras", en T. P. Culbert (ed.), *Classic Maya Political History*, Cambridge University Press, 1991, pp. 147-179.
- Ferguson, R. B. y L. E. Farragher, *The Anthropology of War: A Bibliography*, Nueva York, Occasional Papers of the Harry Frank Guggenheim Foundation Number One, Harry Frank Guggenheim Foundation, 1988.
- Freidel, D. A., "Maya Warfare: An Example of Peer Polity Interaction", en C. Renfrew y J. Cherry (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge University Press, 1986, pp. 93-108.
- _____, "Children of First Father's Skull: Terminal Classic Warfare in the Northern Maya Lowlands and the Transformation of Kingship and Elite Hierarchies", en D. Z. Chase y A. F. Chase (eds.), *Mesoamerican Elites: An Archaeological Assessment*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992, pp. 99-117.
- Grube, N., "Epigraphic Research at Caracol, Belize", en D. Z. Chase y A. F. Chase (eds.), *Studies in the Archaeology of Caracol, Belize*, San Francisco, Pre-Columbian Art Research Institute, monografía 7, 1994, pp. 83-122.
- Hassig, R., *Aztec Warfare: Imperial Expansion and Political Control*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988.
- _____, "Roads, Routes, and Ties that Bind", en C. D. Trombold, *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*, Cambridge University Press, 1991, pp. 17-27.
- _____, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992.
- Haviland, W. A., "Star Wars at Tikal or Did Caracol Do What the Glyphs Say They Did?", en W. Haviland, *Anthropology*, 7a. ed., Nueva York, Holt, Reinhart and Winston, 1994, pp. 266-270.
- Healy, P. F., J. D. H. Lambert, J. T. Arnason y R. J. Hebda, "Caracol, Belize: Evidence of Ancient Maya Agricultural Terraces", en *Journal of Field Archaeology* 10, 1983, pp. 397-410.
- Houston, S. D., "Appendix: Caracol Altar 21", en M. G. Robertson y V. M. Fields (eds.), *Sixth Palenque Round Table, 1986*, Norman, University of Oklahoma Press, 1991, pp. 38-41.
- _____, *Hieroglyphs and History at Dos Pilas: Dynastic Politics of the Classic Maya*, Austin, University of Texas Press, 1993.
- Jones, C., "Cycles of Growth at Tikal", en T. P. Culbert (ed.), *Classic Maya Political History*, Cambridge University Press, 1991, pp. 102-127.

- Mathews, P., "Classic Maya Emblem Glyphs", en T. P. Culbert (ed.), *Classic Maya Political History*, Cambridge University Press, 1991, pp. 19-29.
- McCaughey, C., "Conference Overview", en J. Haas (ed.), *The Anthropology of War*, Cambridge University Press, 1990, pp. 1-25.
- Malinowski, B., "An Anthropological Analysis of War", en *American Journal of Sociology* 46, 1941, pp. 523-550.
- Marcus, J., *Mesoamerican Writing Systems: Propaganda, Myth, and History in Four Ancient Civilizations*, Princeton University Press, 1992.
- Meško, M., "The Termination of Peace as a Consequence of Institutionalization", en M. A. Nettlehip, R. Dalegivers y A. Nettlehip (eds.), *War, its Causes and Correlates*, La Haya, Mouton Publishers, 1975, pp. 549-558.
- Miller, A. G., "'Captains of the Itza': Unpublished Mural Evidence from Chichen Itza", en N. Hammond (ed.), *Social Process in Maya Prehistory: Studies in Honour of Sir Eric Thompson*, Londres, Academic Press, 1977, pp. 197-225.
- Miller, M. E., "On the Eve of the Collapse: Maya Art of the Eighth Century", en J. Sabloff y J. Henderson (eds.), *Lowland Maya Civilization in the Eighth Century A. D.*, Dumbarton Oaks, Washington, 1993, pp. 355-413.
- Naroll, R., "On Ethnic Unit Classification", en *Current Anthropology* 5, 1964, pp. 283-312.
- Oldfield Hayes, "Warfare and the Disappearance of Meroe: A Preliminary Application of Cross-Cultural Findings to Nile Archaeology", en M. A. Nettlehip, R. Dalegivers y A. Nettlehip (eds.), *War, its Causes and Correlates*, La Haya, Mouton Publishers, 1975, pp. 345-357.
- Otterbein, K. E., "Internal War: A Cross-Cultural Study", en *American Anthropologist* 70, 1968, pp. 277-289.
- , *The Evolution of War: A Cross-Cultural Study*, New Haven, HRAF Press, 1970.
- , "The Anthropology of War", en J. Honigmann (ed.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, Chicago, Rand McNally and Company, 1973, pp. 923-958.
- Puleston, D. y D. Callender, "Defensive Earthworks at Tikal", en *Expedition* 9, vol. 3, 1967, pp. 40-48.
- Repetto Tio, B., *Desarrollo militar entre los mayas, Yucatán*, Maldonado Editores, INAH-SEP, 1985.
- Rice, D. S. y P. M. Rice, "Muralla de León: A Lowland Maya Fortification", en *Journal of Field Archaeology* 8, 1981, pp. 273-288.
- Roys, R. L., *The Political Geography of the Yucatan Maya*, Washington, Carnegie Institution of Washington, publicación 613, 1957.
- , "Lowland Maya Society at Spanish Contact", en R. Wauchope y G. R. Willey (eds.), *Handbook of Middle American Indians*, vol. 3, Austin, University of Texas Press, 1965, pp. 659-678.
- , *The Indian Background of Colonial Yucatan*, reimpression de Carnegie Institution of Washington, Norman, University of Oklahoma Press, publicación 548 (1943), 1972.
- Schele, Linda, *Maya Glyphs: The Verbs*, Austin, University of Texas Press, 1982.
- Schele, Linda y M. E. Miller, *The Blood of Kings: Dynasty and Ritual in Maya Art*, Forth Worth, Kimball Art Museum, 1986.
- Schele, Linda y P. Mathews, "Royal Visits and Other Intersite Relationships Among the Classic Maya", en T. P. Culbert (ed.), *Classic Maya Political History*, Cambridge University Press, 1991, pp. 226-252.
- Schneider, J., "Primitive Warfare: A Methodological Note", en *American Sociological Review* 15, 1950, pp. 772-777.
- Sharer, R. J., "Archaeology and History at Quirigua, Guatemala", en *Journal of Field Archaeology* 5, vol. 1, 1978, pp. 51-70.
- Sosa, J. y D. Reents, "Glyphic Evidence for Classic Maya Militarism", en *Belizean Studies* 8, vol. 3, 1980, pp. 2-11.

- Stone, A. D. Reents y R. Coffman, "Genealogical Documentation of the Middle Classic Dynasty of Caracol, El Cayo, Belize", en M.G. Robertson y E. Benson (eds.), *Fourth Palenque Round Table 1986*, San Francisco. Pre-Columbian Art Research Institute, 1985, pp. 267-275.
- Stuart, D., "Historical Inscriptions and the Maya Collapse", en J. Sabloff y J. Henderson (eds.), *Lowland Maya Civilization in the Eighth Century A. D.*, Dumbarton Oaks, Washington, 1993, pp. 321-354.
- Thompson, J. E. S., *Archaeological Investigations in the Southern Cayo District*, Honduras Británica, Field Museum of Natural History, publicación 301, Anthropological Series, núm. 3, vol. 17, Chicago, 1931.
- Tozzer, A. M., *Landa's Relación de las cosas de Yucatán*, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, documento 28, Cambridge, Harvard University, 1941.
- Webster, D. L., *Defensive Earthworks at Becan, Campeche, Mexico: Implications for Maya Warfare*, Nueva Orleans, Middle American Research Institute, Tulane University, publicación 41, 1976.
- , "Warfare and the Evolution of Maya Civilization", en R. E. W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977, pp. 335-372.
- , "The Study of Maya Warfare: What It Tells Us about the Maya and What It Tells Us about Maya Archaeology", en J. Sabloff y J. Henderson (eds.), *Lowland Maya Civilization in the Eighth Century A. D.*, Dumbarton Oaks, Washington, 1993, pp. 415-444.